

Desde la otra orilla

En sus «Cuentos privados», Jaime Collyer levanta con curiosidad las máscaras que cubren los rostros de la existencia cotidiana.

JOSÉ PROMIS

Recuerdo haber escrito, a propósito del segundo volumen de cuentos publicado por Jaime Collyer, que lo imaginaba como un individuo manoteando frenéticamente al borde de una orilla donde no queremos que nuestro bote se acerque porque algo en nuestro interior nos advierte que no nos gustará lo que esa figura gesticulante quiere mostrarnos. Collyer es un escritor a quien le calza perfectamente el atributo de “desacralizador” que he utilizado en algún desaparecido libro sobre la novela chilena para caracterizar los propósitos que guían la escritura de muchos de nuestros narradores y narradoras actuales. Releer su antología de relatos breves publicada bajo el título **Cuentos privados** lo confirma como un narrador a quien le gusta levantar con escudriñadora curiosidad las máscaras disparatadas que cubren los

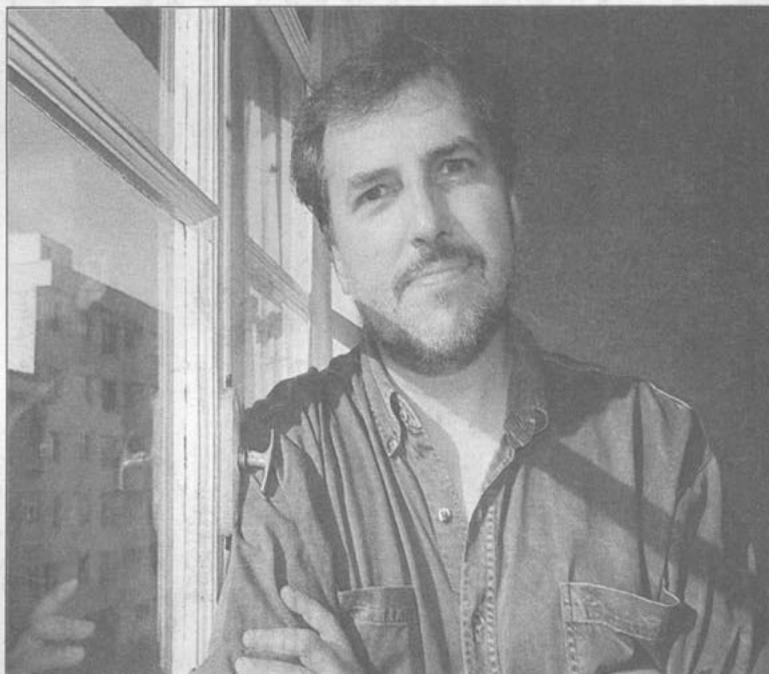


ANTOLOGÍA
Cuentos privados
Jaime Collyer
Sudamericana,
Santiago, 2003,
171 páginas.
Precio de
referencia \$5.900

rostros a veces todavía más absurdos de la existencia cotidiana. La elección de un fragmento del pintor James Ensor para la portada del libro me parece, en este sentido, atinadísima.

La presente antología ofrece un conjunto de ocho cuentos seleccionados personalmente por el autor. Siete han aparecido antes y el octavo, inédito hasta ahora, formará parte de un futuro volumen. Los textos vienen encabezados por un interesantísimo prólogo escrito por el propio Collyer donde nos informa acerca del proceso de creación de sus relatos: cómo se gestan, la forma de su “modus operandi” y cuál ha sido el criterio utilizado para seleccionar los que componen esta antología. Los cuatro primeros, reunidos bajo el título

«Ídolos», nos hablan, son palabras de Collyer, de individuos imperfectos que aún así despiertan una cierta idolatría a su alrededor. Los cuatro restantes, encerrados en



EL MERCURIO

IDENTIDADES OCULTAS.— A través de sus relatos, el autor nos recuerda la fragilidad de las palabras y los estragos que ellas pueden producir.

el nombre «Héroes», presentan una suerte de enfrentamiento entre la aparente seguridad del individuo y su condición mortal, su precariedad. Lo que, según Collyer, no deja de ser una especie particular de heroísmo.

Las opiniones que da Collyer sobre sus relatos son, sin duda, certeras, pero constituyen sólo una ayuda útil para ingresar a la lectura del volumen. Seguramente no quería tampoco más que eso. A mí me parece que las situaciones que

el autor describe cumplen objetivos más profundos. Las diferentes voces narrativas creadas por Collyer hablan desde distintos espacios del alma —aunque hay que reconocer su tendencia a privilegiar la ironía y el sarcasmo—, para cumplir siempre con similares propósitos: debilitar las seguridades, dudar de la identidad o remecer las afirmaciones consagradas. A medio camino de la lectura empezamos a sospechar que el verdadero procesado de estos cuentos es el

mismo lenguaje que los funda. Si, como sugiere Michel Foucault, construimos la realidad circundante a partir de nuestras aseveraciones, los cuentos de Collyer nos sobresaltan al recordarnos la fragilidad de las palabras y también los estragos que ellas pueden producir. De la misma manera como basta afirmar que existe una bestia en casa para que ella impida dormir con sus alaridos durante la noche, también es posible que palabras ajenas se introduzcan solapadamente en nuestros discursos para convertirnos en lo que no somos o que aquéllas con que los otros nos definen terminen arrancándonos del lugar que siempre hemos creído poseer. Todo es tan relativo e inseguro que ni el mismo Dios puede resolverse “a aplaudir o a reírse a costa nuestra”.

Collyer ha optado por la segunda alternativa con excelentes resultados. La relectura de sus cuentos confirma que es uno de los autores cuyo perfil resalta con mayor individualidad e indudables méritos en el campo de nuestra narrativa contemporánea. Con un lenguaje impecablemente construido y una ironía frecuente, a veces rayana en el sarcasmo, pero nunca corrosiva, Collyer nos reclama desde la otra orilla. Y no podemos ignorar su voz.